

Santiago de Chile, Septiembre de 2011

Sra. Begoña Peris, Presidente del Club del Libro en Español

Honorables miembros del Jurado

Premiados y público en general

Por medio de la presente, quisiera agradecer al Club del Libro en Español de las Naciones Unidas en Ginebra la oportunidad de participar en el Premio Platero, en la categoría de Cuento, y de estar hoy entre ustedes de manera virtual con estas palabras. Mi agradecimiento es también para el Jurado que ha visto en mi cuento *La Promesa* aquello que merece ser destacado con una mención honorífica y que yo, con aconsejable humildad, prefiero no poner en duda y más bien lo dicho: agradecer de manera sincera. Vayan, muy especialmente, mis felicitaciones a los ganadores en la categoría Cuento y Poesía, y a los finalistas en ambos géneros, que bien merecidos tienen los aplausos que han recibido y aún están por recibir. Y a ustedes, público asistente, mi gratitud por la paciencia que tendrán al escuchar este discurso que espero no sea muy farragoso.

Se me ha pedido que ofrezca unas palabras, puesto que hoy la distancia no me permite estar ante ustedes. Presumo que lo habitual en estas circunstancias, dado que no acostumbro recibir honores como este, es hacer alusión a mis inicios en la escritura, a cómo la literatura fue tomando por asalto mis días, a cuáles han sido mis logros en esta incipiente carrera, y cuáles las lecciones recibidas de mis fracasos, ese rufián (el fracaso) tan necesario para el oficio de escribir. Prefiero, con todo, aprovechar este corto tiempo entre ustedes, y esta voz que eventualmente dice mis palabras, para hablar brevemente del cuento en general, de *La Promesa* en particular, y de quiénes son mis maestros, temas que insisto han de ser tanto más interesantes que los avatares de un *escribidor*, como diría Bolaño, en los confines del mundo.

Mis maestros, la nobleza me obliga a comenzar con ellos, imagino escapen algo al cliché al que estamos acostumbrados o al que algunos fanáticos de la categorización, amantes de la pereza mental, nos quieren acostumbrar. Me gusta Borges, pero sólo lo suficiente para no hacer de él un dios con los pies de barro; y también Cortázar, aunque su metafísica logra hundirme en el sopor; a Vargas Llosa, tan de moda últimamente, no lo he leído y no me enorgullezco de eso, pero tampoco me resulta desoladora su ausencia; y las palabras de García Márquez son demasiado dulces para mi propensión a la melancolía. Prefiero a Bioy Casares, su cadencia y esa carga de imperceptible tristeza tras la parsimonia de sus personajes; prefiero el purismo de Mujica Láinez, el viejo *Manucho*, que fue capaz de sembrar en mí el misterio de sus historias con un lenguaje perfecto; prefiero a Horacio Quiroga, el fuego de sus palabras, la brutal invasividad de sus ambientes, su jugueteo con Poe; y prefiero a Haroldo Conti, vocecita simple de los sin voz, de los sin nombre, de los sin suerte, acallado y desaparecido por las bestias de la noche militar.

Quiero creer que algo de ellos hay en este cuento mío, nacido hace un par de años durante un taller literario del maestro y autor chileno Jaime Collyer. Quiero creerlo porque en cada historia que escribo inevitablemente descubro una reminiscencia de todo aquello que he leído, y todo lo leído es, fatalmente, una evocación de esas historias de las que habla Borges en *Los cuatro ciclos*, y que estamos condenados a repetir una y otra vez. *La Promesa* no se salva de pertenecer a ese pequeño club de cuatro historias, sus personajes son émulos de Argonautas disfrazados de atorrantes, que viajan a través de las privaciones económicas en busca de un vellocino que ansían pero que, en el fondo, saben no les pertenece, porque si lo consiguieran lo dilapidarían y porque, al fin y al cabo, para ellos es dada la aventura y no el objetivo. En el cuento hay además un sacrificio, una promesa que se debe y se quiere cumplir, no sólo por la palabra empeñada, sino porque en la observancia

de esa promesa el personaje probablemente llega a descubrir el verdadero valor de su existencia, cualquiera sea ese valor.

Si *La Promesa* merece un mayor análisis que el que acabo de hacer o no, queda a discreción de los miembros del jurado y de ustedes, público lector. Por lo pronto, como tantos, seguiré siendo el médium de los personajes de mis cuentos y aguzaré el oído y la pluma para entender y describir mejor lo que ellos quieren que cuente.

Agradecido una vez más por la paciencia dada a estas palabras, y por la mención honorífica que se me ha conferido, aún a la distancia reciban mis calurosos saludos.

Emiliano Kuzari